

Indice.

1- Discursos pronunciados en la R. Academia de Ciencias morales y politicas en la recepcion de D. Luis María Pastor en 1863. = Contestacion de D. Antonio Benavides. = Madrid - 1863.

2 Discurso leido en 1864, en la apertura del curso de la Universidad de Sevilla por D. Antonio Colom y Osorio = Sevilla - 1864.

3. La nueva guerra púnica ó España en Marruecos, poema de D. Joaquin José Cervino, premiado en 1860 por la R. Academia española = Madrid - 1860.

4. Poesias que dá á luz la R. Academia española p.a conmemorar la guerra de Africa = Madrid - 1860.

5 - La campaña de Africa, poema de D. Antonio Arnao, premiado en 1860 por la R. Acad. española. = Madrid - 1860.

6 - Memoria que elevan los Notarios de Cataluña á los supremos poderes del

Estado sobre la reforma y organizacion del Notariado español. = Barcelona — 1857.

7 = Real decreto para la ejecucion de la ley de 1.º de Mayo de 1855 en la parte relativa á la desamortizacion de los montes, é informe emitido por la Junta facultativa del Cuerpo de Ingenieros del ramo. = Madrid — 1855.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES

Y POLÍTICAS

CON MOTIVO DE LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SEÑOR DON LUIS MARÍA PASTOR.

en 14 de Junio de 1863.

MADRID:
1863.
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.

1.

DISCURSOS

PRONUNCIADOS EN LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES

Y POLÍTICAS

CON MOTIVO DE LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

EXCMO. SEÑOR DON LUIS MARÍA PASTOR.

en 14 de Junio de 1863.

MADRID:
1863.
IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 3.

DISCURSO

DEL SEÑOR DON LUIS MARIA PASTOR.

Señores:

Nada empequeñece tanto al individuo, como su comparacion con la colectividad científica, y si este individuo es como el que tiene el honor de dirigiros la palabra, escaso en merecimientos, y la colectividad, es, como esta Academia, una reunion de las mayores eminencias, que reconoce el país en los diferentes ramos del saber humano, sube mucho de punto necesariamente el empequeñecimiento en la comparacion.

Y como si esta circunstancia no fuera bastante, todavía viene á agravar mi posicion el recuerdo de la dignísima persona á quien por vuestro voto debo reemplazar. Jurisconsulto eminente, razonador correcto, fácil y claro orador del Parlamento, distinguido repúblico, notable hombre de Estado, D. Juan Bravo Murillo, cuyo paso por la administracion de la Hacienda pública de España imprimirá honda y plausible huella en la historia, por más que sean juzgados con severidad por ella los deplorables acontecimientos de su época, una de las más borrascosas de la política contemporánea, D. Juan Bravo Murillo, á quien ha impedido formar parte de esta respetable corporacion la falta de una salud gastada en largos estudios y grandes servicios á la Patria, habria indudablemente prestado en ella

servicios que, á pesar de vuestra designacion y de mi buen deseo, me ha de ser imposible ofreceros.

Por eso, señores, al entrar por la puerta de este santuario de la ciencia, á cuyo sagrado sacerdocio os dignais elevarme, mi espíritu se siente agitado de dos diferentes afectos; uno el de la profunda gratitud por tan señalada merced; otro el de la desconfianza al dirigiros por vez primera estas frases, que debieran justificar, y estoy seguro de que no podrán lograrlo, vuestra eleccion.

Meditando sobre cuál podria haber sido el pretexto, ya que no el motivo, de esta honra, no he podido atribuirle á otra cosa que al escaso fruto de largas vigilias consagradas al estudio de la ciencia económica que os dignasteis aceptar, cuando la someti á vuestro respetable juicio. Y convencido de ello creo que fuera rasgo de ingratitud, no dedicar las primicias de la investidura, con que me habeis distinguido, á presentaros algunas reflexiones sobre la importancia, que va adquiriendo en el mundo este, que puede llamarse el último brote del árbol de la ciencia, cuyo cultivo os está encomendado, y que nace tan lozano y tan robusto que promete ya á la humanidad nuevo, sabroso y nutritivo alimento.

Y á tanto llega la ambicion de la moderna ciencia en un creciente movimiento, que aspira no menos que á conquistar un cuartel en vuestras armas, esperando que añadireis el *útile*, al *verum, justum, pulchrum*, que lleva por mote vuestro escudo.

Ni temais, señores, la invectiva de los enemigos, hipócritas tal vez, de la ciencia de la utilidad; porque no se trata de lo útil particular, grosero y egoista, sino de lo útil,.absoluto, considerado en la accpcion filosófica, y que, así como lo justo no puede dejar de ser verdadero y bello, y lo verdadero justo, así lo útil de que la ECONOMÍA POLÍTICA se ocupa, no puede

ser sino justo y verdadero, puesto que toda la armazon del nuevo edificio científico descansa sobre la firmísima base de la nocion fundamental del derecho.

Pero la Economía Política no pudo aparecer ni coexistir con la civilizacion oriental, ni con la civilizacion, griega, ni con la civilizacion romana, ni con la civilizacion feudal.

Cada una de estas civilizaciones tiene su carácter y su ciencia, así como el carácter y la ciencia de la civilizacion contemporánea es la Economía Política. Aquellos tres primeros períodos reconocieron por base la absorcion del individuo por el Estado y la anulacion del derecho por la esclavitud, mientras la ciencia económica se funda en la emancipacion del individuo de toda traba impuesta por el Estado, que restrinja su libertad racional. Todas ellas tendieron á la unificacion, pero por el encadenamiento y la fuerza. El mundo oriental encerrado en el más absoluto panteismo, en que se funden en aglomeracion compacta el sacerdocio con la autoridad y la ciencia, consideró la humanidad como saliendo de los abismos del caos, para recorrer arrastrada por el impulso de un fatalismo invencible el corto espacio de la vida, hasta volver á hundirse en la inmensidad de que salió.

Sucede al panteismo indio y chino, el dualismo persa, que reconociendo el principio antagónico del bien y del mal, hace al pueblo de Ciro enemigo de todos los demás y le impele con fuerza irresistible á la conquista y dominacion universal. En los pueblos orientales indio y egipcio dominan además las castas, en que la individualidad humana desaparece, porque distribuidas entre ellas las ocupaciones con forzosa y tradicional estructura, queda cerrado el paso á todo mejoramiento, á toda iniciativa personal.

En el mundo griego se desgaja la humanidad para distri-

buirse en ciudades, y la ciencia aparece tomando una nueva direccion. Pero tambien el individuo se funde en la entidad colectiva del pueblo: el ateniense como el espartano no se pertenecen, sino que constituyen una parte integrante de la ciudad, que dispone de las personas y las cosas organizando y modificando la propiedad. En vano genios privilegiados cuyo merecido renombre ha conquistado la admiracion del género humano al través de cien generaciones, se adelantaron á su época, porque esta, fanatizada por estúpidas creencias, despreció sus magníficas concepciones ó les impidió desarrollarlas. Así Sócrates fué obligado á beber la cicuta y sus eminentes discípulos hubieron de reconocer la esclavitud, tal vez por no sufrir la suerte del gran maestro. El genio del divino Platon, el primero que con su magnífica síntesis adivinó el Dios uno, omnipotente, principio y orígen de lo creado, para descender de tan elevada idea á la creacion de la filosofía; y el inmortal Aristóteles, cuyo profundo genio desde las especulaciones metafísicas se elevó hasta la misma idea del Supremo Sér, no pudieron menos de sucumbir á la presion que sobre ellos ejercian las preocupaciones del siglo en que nacieron. Por eso no alcanzaron á impedir, que, á pesar de la elevacion de su filosofía, fuese el pueblo griego arrebatado por el impetuoso impulso del jóven Alejandro, que quiso realizar la empresa de unificacion universal del pueblo persa, y le arrastró á la conquista del mundo conocido, dominando pueblos, sojuzgando naciones, y sometiéndolas á su albedrío, hasta que le sorprendió temprana muerte cuando llegaba al término de su desmedida ambicion.

¿Y qué dirémos del pueblo romano?... Al llegar á esta parte, tengo, señores, que reclamar especial indulgencia, puesto que mi espíritu recalcitrante y quizá díscolo en demasía, se ha re-

sistido siempre á conceder á Roma, ese tributo de admiracion de que generalmente es objeto. Todos los motivos que en las precedentes civilizaciones hacian imposible la aparicion en ellos de la Economía Política, se encuentran en la Ciudad Eterna, agravadas y confirmadas por otras más poderosas. Nunca, por más estudios y esfuerzos, que al efecto he hecho, he podido considerar á la época romana como un paso de progreso, sino como uno de esos rodeos, que tanto se parecen al estacionamiento, y aun al retroceso, en el camino que sigue la humanidad hácia su innegable y constante perfeccionamiento.

Roma, cuyas tradiciones primitivas nos presentan á su fundador levantando los muros de la ciudad amasados con sangre fratricida, á sus primeros pobladores foragidos y emigrados de los pueblos limítrofes, á sus familias naciendo de las mujeres arrebatadas por el engaño y la fuerza á sus vecinos; Roma, que tiene por orígen el robo, por medio la guerra, la violencia, la deslealtad y el engaño; por objeto el goce de los más impuros placeres; por término la dominacion universal, no alcanzo cómo ha podido merecer la admiracion de las generaciones. Y no se diga que las relaciones tradicionales están completamente alteradas, y desfiguradas en ellas los hechos, porque esta alteracion misma es una prueba incontestable del fondo de las creencias y de los instintos de aquel pueblo corrompido, que así las alteró.

Recordad, señores, los más notables sucesos de la vida de Roma, y en ellos encontrareis los fundamentos de mi juicio. Nace monarquía, y á poco perece la realeza, condenada por un crímen de horrible obscenidad: establece el decenvirato, y por otra acusacion semejante, son desechados los decenviros: reconoce la omnipotencia consular, y su historia es una lucha no interrumpida entre los patricios y plebeyos, que pugnan, no

por el sostenimiento de un principio, sino por mantener, los unos la expoliacion, por reemplazarles los otros en su ejercicio. Se entrega á los triunviratos, y deja escritas las páginas de su historia con la sangre de millares de víctimas de sus más insignes y esclarecidos varones, á quienes hiere el brazo asesino dirigido por la delacion, la venganza y la más negra ingratitud: llega al cesarismo y lega con él á las generaciones futuras el ejemplo más repugnante de la hipocresía, y la ficcion con que se cubre y engalana, el más arbitrario despotismo con las apariencias y formas de la libertad: cae en el imperio, y el imperio principia presentando al mundo el espectáculo de todos los vicios, de todas las violencias, de todas las arbitrariedades y de una corrupcion brutal y asquerosa en que los Nerones, los Tiberios y Calígulas, las Julias, Agrippinas y Mesalinas llegan á un punto de degradacion no visto hasta entonces, y por fortuna de la humanidad no presentado despues: prosigue con las arbitrariedades y violencias de la guardia pretoriana, cuyos abusos van hasta el extremo de poner en subasta la corona de los Césares, y concluye con la repugnante abyeccion del bajo imperio. ¿Dónde están, pues, los títulos de Roma á ese respeto y admiracion con que se ha querido enaltecerla?

¿Será la ciencia? Roma no tiene ciencia ni arte peculiar. Roma que se enriquece con la expoliacion, nutre su inteligencia con el plágio. Séneca, Ciceron, Marco Aurelio, Caton de Utica, Papiniano y Ulpiano son estóicos que profesan ó escriben sobre las doctrinas griegas; pero la filosofía no da un paso en su camino durante toda la época romana.

Ciceron es un remedo del gran Demóstenes, pero mientras el contemporizador romano patrocina diferentes causas y se une á Pompeyo faltando á la rigidez de sus principios, el tribuno griego resiste con energía las seducciones de Filipo, y es-

grime la espada defendiendo á su patria en la guerra, con el mismo valor con que arrebata al pueblo en la paz, con su elocuente fascinadora palabra.

Salustio, Tito Livio y Tácito, son pura imitacion de Herodoto, Tucidides y Jenofonte. Virgilio en su *Eneida*, sigue las huellas de Homero con menos espontaneidad; Fedro traduce á Esopo; Horacio imita el arte poética de Aristóteles. Este y Séneca son maestros de dos príncipes; ¡pero comparad los discípulos! ¡Poned la grandeza de alma del hijo de Filipo al lado del bárbaro carácter de Neron! En buen hora que no sea el uno responsable ni acreedor el otro de las faltas y mérito respectivo, pero nunca podrá desconocerse la diferencia y el contraste entre una y otra época, y entre unos y otros resultados de un mismo esfuerzo empleado por dos inteligencias superiores.

¿Serán las costumbres? Echad, señores, una rápida ojeada sobre los juegos de los dos pueblos, el griego y el romano, puesto que nadie podrá negar que en esos momentos de expansion y de espontaneidad es donde sin duda alguna más claramente se revelan los instintos populares. Ved los juegos olímpicos, expresion simbólica de fraternidad entre las ciudades helénicas, campo de emulacion donde se hace gala de agilidad y soltura, en que por resultado de una noble y gloriosa competencia se adjudica al más hábil y distinguido la palma de vencedor, y comparad este magnífico espectáculo con el repugnante circo romano en que se goza viendo correr mezclada la sangre humana con la de las fieras de los desiertos africanos, en medio de los horribles alaridos de un populacho corrompido y feroz.

Hasta los pocos y por demás decantados rasgos de la virtud romana, tienen un tipo especial de orgullo, de egoismo y de barbarie. Lucrecia busca en el puñal la reparacion de la ofensa

recibida. Virginio clava el suyo en el pecho de su hija para salvarla de la afrenta que la amenaza; Bruto para librar á su patria del tirano, tiene que ensangrentar el acero parricida. ¡Qué comparacion entre la muerte del rígido Caton de Utica, echándose desesperado sobre su espada por no presenciar la degradacion de Roma, y la serenidad tranquila y virtuosa con que Sócrates se entrega á sus jueces y bebe la cicuta sin proferir una queja, hablando con sus discípulos y exhalando el último suspiro con la tranquilidad y el sosiego del justo! ¡Qué diferencia entre el pueblo ateniense que cuenta temblando los votos cuya no grande mayoría condenan al filósofo, á quien no se atreve á salvar porque no quiere justificarse del cargo de atacar la religion del Estado, y los comicios romanos que hacen arrojar de la Roca Tarpeya al honrado Spurio Casio, que habia propuesto leyes favorables al pueblo, el cual las habia aprobado como tales, y que sin embargo sacrifica á su autor por el delito de haberse interesado vivamente por él! ¡Y qué distinto grado de cultura no revelan esa misma Roca Tarpeya romana y el ostracismo griego!

Mas ¡ah! ya escucho la voz que se levanta á favor de la degradada Roma: el título de su gloria, dicen los apologistas de la gran ciudad, es el de fundadora del derecho.

¡El derecho!... La primera legislacion romana, la gran reforma de Servio Tulio, es una imitacion casi literal de la introducida por Solon en Aténas diez y seis años antes. La piedra fundamental del cuerpo legislativo romano, las doce tablas si no fuéron traidas de Grecia, segun aseguran todos los historiadores hasta nuestros dias, en que la crítica más severa contradice el hecho, inspiradas hubieron de ser al menos por el pueblo maestro á la sazon (1).

(1) Dice á este propósito D. J. S. del Rio en la *Historia universal* de Weber.

A este código primitivo se agregan sucesivamente las leyes, los plebiscitos, las respuestas de los jurisconsultos, las resoluciones de los pretores, y así se va acumulando ese fárrago, de que decia un célebre jurisconsulto, que llegaba á ser tan voluminoso que podia considerarse *multorum camelorum onus*.

¡Derecho en ROMA! ROMA reconoce como derecho fundamental la ley, y la ley romana es, ó la voluntad del príncipe *quod Principi placeat legis habeat vigorem*, ó el resultado de la votacion apasionada y turbulenta del pueblo obtenida por la célebre fórmula *velitis, juveatis Quirites:* es decir, la voluntad del legisladòr, la arbitrariedad absoluta.

¡Derecho en ROMA! ROMA cuya legislacion no sólo reconoce como justa la esclavitud, lo cual era un error comun de su época, sino que parece como que se complace en desleirla y regularizarla en multitud de lugares y la admite no sólo por nacimiento, sino por diferentes causas.

¡Derecho en ROMA! Y ¿cuál es el período del mayor floreci-

«No es indiferente seguir la tradicion histórica de la legislacion antigua cuando se puede verificar por monumentos ó noticias ciertas. Porque tan cierto, como es, que cada pueblo y hombre pone algo suyo en la vida, es igualmente cierto y fundado en la unidad de la historia humana, que cada pueblo y hombre recoge cuanto más puede la herencia histórica de otros pueblos y hombres y aun de todos. Cuando las indagaciones sobre las tradiciones históricas hayan adelantado más, podrá saberse por el hecho lo que hoy se sabe por la idea sólo: que la historia humana en la tierra tiene un camino cierto de antecedente en antecedente, y que este camino le siguen por razon instintiva los pueblos y los hombres, aun antes de conocerle con ojo científico. En lo dicho se funda la importancia de precisar cada dia más las tradiciones históricas. En el caso presente sabemos que los romanos de los primitivos tiempos *buscaron una fuente de sus leyes en la Grecia.* Pero de esta sabemos que en los primitivos tiempos y al salir de la confusion de la infancia política, buscaron la fuente de sus leyes en el Oriente y lo más cerca en Creta y en Egipto.» (Weber, *Compendio de la Historia universal*, tom. I, página 272, nota.)

miento de la jurisprudencia romana? Precisamente el comprendido entre Septimio y Alejandro Severo, el de la más espantosa anarquía cuando tiene lugar el remate de la dignidad imperial: cuando son asesinados el célebre Papiniano y el no menos famoso Ulpiano, secretario favorito y patrocinador del mismo Severo, por la guardia pretoriana. La misma suerte que estos dos afamados jurisconsultos habia cabido antes á Ciceron y á otros ciento, de lo cual debe inferirse que la jurisprudencia no era una ciencia encarnada y propia de aquella civilizacion, sino una importacion extraña, que no habia logrado arraigar en las costumbres ni ejercer la menor influencia en aquel foco de corrupcion y de desórden.

Si es verdad que en aquellas inmensas compilaciones se encuentran sanas máximas y algunas buenas doctrinas, tomadas fuéron del estoicismo ó el cristianismo, y lo único indígeno y porpio de Roma son las fórmulas, las complicaciones y las sutilezas que en ellas abundan y que convirtieron el estudio de la legislacion en un trabajo penosísimo y largo, que hizo de la jurisprudencia una ciencia tan difícil y recóndita como los misterios eleusinos. Así el conocimiento del derecho, que debiera ser la más simple expresion de los principios de la moral y la justicia, al alcance de la generalidad, se convirtió en una profesion reservada á pocos privilegiados, que haciendo de la defensa de la justicia un oficio lucrativo, sostenian todas las causas, patrocinaban todas las pretensiones, sin que hubiera alguna, que por absurda y opuesta á los más sanos principios de la moral, dejase de encontrar un defensor perito que la sostuviera, ni de poder citar en su favor, en alguna parte de tan voluminosos códigos, decision que la favoreciese ó apoyase. Compréndese esto fácilmente al considerar que á falta de adelantamiento propio y original en la ciencia, se generalizó entre los romanos especial-

mente despues de la conquista de Grecia toda la podredumbre de las degeneradas sectas filosóficas, el escepticismo y la sofisteria, que produjo multitud de retóricos que pululaban en Roma, ya que carecia de profesores de más sólidos conocimientos.

No es fundada pues la gratitud que tanto se ha recomendado, al pueblo que nos legó las Instituciones y las Pandectas; pues tengo para mí que una de las mayores dificultades con que ha de tropezarse para la realizacion del triunfo completo del derecho, han de ser esas doctrinas admiradas como principios incontestables y que sin embargo se oponen á la práctica de los sanos y sencillísimos preceptos de la razon y la justicia, alejadas del conocimiento de la generalidad por el tupido velo con que son cuidadosamente cubiertas para que puedan proseguir así constituyendo el patrimonio de determinadas personas, á su manejo é interpretacion dedicadas.

No es esto negar á Roma toda importancia ó significacion histórica, pero entre esto y esa admiracion idólatra, que se le ha concedido generalmente, hay una distancia inmensa.

Perdonadme, señores, esta opinion diferente de la general y contraria á muchas y muy respetables, de que no es culpa mia no poder participar: toleradla por lo invencible, disculpadla por lo sincera, porque yo creo que en este templo sagrado del saber, fuera sacrílego disimular la verdad tal y como lealmente se comprende.

No era pues la época romana más propia que la oriental, ni la griega para la aparicion de la Economía Política.

Con esta civilizacion habia de concluir el mundo antiguo. El politeismo igualmente contrario al ideal del divino Platon, que al materialismo de Epicuro, al medio entre ambos degenerado tambien por los discípulos de Aristóteles, que al fatalismo de

los estóicos, no podia subsistir por más tiempo. A la anarquía intelectual producida por tan diversos sistemas filosóficos habia sucedido el escepticismo de Pyrron reproducido por Enesidemo, y aquella sociedad falta de todo criterio moral habia llegado á ser presa de la más espantosa corrupcion.

Tal confusion era síntoma evidente del decaimiento del paganismo que hacia impotentes esfuerzos para luchar é impedir el triunfo definitivo de la religion cristiana. Esta por el contrario aparecia radiante atrayéndose la general simpatía. Predicando la fraternidad entre el linaje humano, el amor, la caridad, el desinterés; elevando el espíritu sobre la materia que tenia embrutecidos á los pueblos, envueltos en el lodazal de las pasiones, enaltecia al hombre abriéndole nuevos y más serenos y despejados horizontes. Una doctrina regada con la sangre de millares de víctimas que morian tranquilos en medio de los más bárbaros y abominables tormentos, no podia menos de excitar la admiracion de sus mismos perseguidores.

Pero la nueva y reparadora semilla tampoco podia prender en un suelo esterilizado por el más repugnante y hediondo materialismo. Así fué necesario que un torrente de razas nuevas y salvajes inundara la tierra, arrancando y destruyendo todos los elementos podridos de aquella civilizacion viciada, y destrozando en mil pedazos la presa del mónstruo, que habia conseguido amarrar y tener sujeto entre sus colosales brazos todo el espacio comprendido entre las columnas de Hércules y las tierras regadas por el Gánges.

Tal fué, señores, la mision providencial del feudalismo. El imperio gigante fué triturado despues de diferentes luchas; aquella unidad artificial y agarrotada fué rota, descompuesta y sustituida por miles de señoríos: á la esclavitud reemplazó la servidumbre: la antigua civilizacion desapareció de sobre la

haz de la tierra, y un período de diez siglos de ignorancia dió reposo al espíritu humano para renacer con más lozanía á la nueva vida de la civilizacion moderna.

Brilló por fin en el horizonte la aurora del renacimiento: la brújula, la pólvora, la imprenta, otro hemisferio cambiaron la faz del mundo, y muy pronto la luz de la filosofía volvió á ilustrar la humanidad. El hombre se habia al fin hecho dueño y señor de la materia: la emancipacion creó los concejos y la clase media; las comunidades y las villas unidas á la monarquía restablecieron las antiguas nacionalidades, y una vez vencido el feudalismo, el individuo, separándose poco á poco de las diferentes colectividades, fué adquiriendo la conciencia de su dignidad. Hé aquí el momento apetecido: al derecho de la fuerza se habia de sustituir la fuerza del derecho. Esta era la ocasion señalada y la Economía Política apareció. Modesta en los primeros dias se anunció al mundo con dos humildísimas frases. «*Dejad hacer*,» dijo: «*dejad pasar*».

Pero en aquellos sencillísimos consejos se encerraban profundos y trascendentales principios.

La industria, apenas nacida, se veia envuelta ó agarrotada por una red de artificiosas trabas y embarazosos reglamentos. El comercio, maniatado y sin vida, y la Economía Política, que habia estudiado las leyes primeras á que está sometida la actividad humana, aconsejaba la desaparicion de las trabas y los reglamentos que ahogaban el estímulo del interés y la iniciativa individual, las cuales sólo libres y desembarazadas pueden desarrollarse en general y particular provecho.

«*Dejar hacer*» era tanto como decir, «respetad el derecho, no »profaneis la misteriosa ley dictada por la divinidad. Vosotros »los que admirais la obra maravillosa de Dios, en el universo que »obedece con portentosa regularidad á un órden eterno é invaria-

»ble: vosotros los que contemplais sucederse con sorprendente »exactitud las estaciones y aparecer en períodos fijos los planetas »y vestirse los campos de fragantes flores y sazonados frutos para »desnudarse de sus galas y volver á reproducirse en una sucesion »acompasada y perenne: vosotros que contemplais extasiados esa »inmensa bóveda de purísimo azul salpicada de brillantes lumina- »res que giran en perpétuo movimiento sin salirse un punto de »sus órbitas obedeciendo á la ley del Criador: vosotros, ¿podeis »sospechar que la suprema sabiduría que tan admirablemente or- »denó el mundo de la materia, hubiera dejado en completa anar- »quía el mundo moral? No así profaneis la obra de la divinidad; »*dejad hacer* al hombre para que siguiendo los impulsos de su co- »razon, elija el medio de actividad para que se sienta más inclina- »do; *dejad pasar* al genio, no torzais su natural direccion; *dejad- »le hacer* lo necesario para cumplir su destino; *dejadle pasar* li- »bremente, que él, dirigido por su razon y conciencia, irá más de- »recho y en menos tiempo donde le llama su vocacion.» Estos consejos fuéron por desdicha desoidos; pero dejaron sembrado su gérmen benéfico en la inteligencia de la humanidad, y muy pronto resonó la voz del gran maestro que, explicando las leyes del trabajo y las maravillas de su division, echó los cimientos de la nueva ciencia.

Estudiad, señores, un momento al hombre, la obra más acabada y perfecta de la creacion. Admirad en él esa infinita variedad, en medio de la igualdad más completa. No hay dos individuos cuyas facciones sean idénticas, cuya inteligencia sea del mismo grado; en la fuerza física, en las proporciones, en la agilidad, de que ninguno carece, todos, sin embargo, se diferencian entre sí. Hé aquí una infinita diversidad de aptitudes. Dejad á cada uno en libertad para elegir y cultivar aquella en que sobresalga y los esfuerzos de su actividad serán pro-

ductivos; forzadle, por el contrario, á seguir otra y su actividad será estéril.

Contemplad ahora la máquina menos complicada. ¡Cuántos y qué diferentes trabajos no están en ella compendiados! ¡El reloj! Descomponedle, escudriñad sus pormenores, analizad, intentad que un hombre solo haga otro semejante. ¡Imposible!...

Está compuesto de metales y estos metales se encuentran encerrados en el fondo de la tierra: hay que extraer el mineral, fundirlo, prepararlo: ¡cuánto trabajo! ¡cuánto tiempo! ¡cuántas herramientas necesarias para esta operacion! Y obtenido el metal, ¡cuántas operaciones para prepararle y pulirle! Y puesto en situacion laborable, ¡qué variedad de pequeñas ruedas! Pero no bastan aquellas ruedas, ni es suficiente aquel metal: hay necesidad de invertir otro, para el engranamiento y sujecion de las diferentes piezas, y esto se logra con el acero; mas para obtener acero hay que fundir la mena de hierro y afinarle con mil manipulaciones difíciles, y luego repetir en este las del otro metal para reducirle á las infinitamente pequeñas piezas necesarias, lo cual reclama unos instrumentos delicadísimos, una habilidad especial, un tino y pulso que sólo con el ejercicio se adquiere. Obtenidas todas las diferentes partes se requiere un conocimiento exquisito para componer y compaginar la máquina. Ciertamente que á un hombre que hubiera de construir un reloj, adquiriendo por sí todos los elementos de que consta, no le bastaria la vida para conseguirlo. Pero dividid el trabajo, trasladaos por un momento á las nevadas cumbres de la Suiza, y allí encontrareis centenares de individuos, cada uno de los cuales ha obtenido el material á propósito, producto de mil industrias, y todos ellos labran, cada uno cierta especie de piezas de reloj, y de cada especie, que para nada sirve por sí so-

la, construye por cientos y millares: todos aquellos laboriosos montañeses llevan á Ginebra el fruto de sus veladas, que el fabricante los compra á granel y en un momento presenta su fábrica miles de relojes acabados con portentosa celeridad y baratura.

Encontrada la gran ley de division del trabajo y de los portentos del cambio, bien pronto se puso de manifiesto que progresar en la industria humana, es dividir, y subdividir, y cambiar, y combinar, y que en este contínuo análisis y síntesis mecánico, se encuentra la mayor facilidad de satisfaccion á todas las necesidades y goces de la vida. Partiendo de este principio apenas se rompieron los ligamentos que sujetaban la industria en los pasados siglos, el movimiento fué portentoso, y el mundo moderno admiró las maravillas de la produccion que se distinguian de las del antiguo en la prodigiosa abundancia y baratura.

Con efecto, señores, todos los objetos de lujo de plata y oro, existentes en el imperio romano, ciertamente no equivaldrian al producto anual de una gran fábrica de Lóndres. Comparad las célebres pirámides de Egipto con nuestras empresas contemporáneas y vereis en las primeras acumulado el sudor y la sangre de millones de esclavos sacrificados durante más de cien años para levantar aquellos extraordinarios, cuanto inútiles monumentos; mientras que en menos de la cuarta parte del tiempo invertido en aquella construccion, hemos nosotros horadado cien montañas, atravesado mil rios y cubierto de cintas de hierro la mayor parte de Europa.

Así la industria y el comercio iban creciendo y prosperando con los descubrimientos de la Economía Política, y esta entre tanto progresaba á su vez, adquiriendo nuevas y provechosas verdades para la ciencia.

De pronto llega un momento supremo en que la sociedad se ve en peligro: sólo la ciencia era capaz de salvarla, y la nueva ciencia la salvó. Bastiat triunfó de Proudhom.

Todavía, señores, resonará en vuestros oídos aquella aterradora voz, lanzada en el otro lado del Pirineo, que clamaba: La propiedad es un robo. Aquella voz no sólo era el grito desesperado de un innovador fanático; era además la consecuencia lógica, deducida de principios en mal hora reconocidos y aceptados con imprevision; era el resultado de errores y doctrinas encaminadas á un fin humanitario; era la explosion de un volcan, que arde todavía en las entrañas de la civilizacion moderna, á que es preciso dar el desahogo conveniente que aconseja la ciencia económica, si hemos de evitar temibles y asoladoras erupciones.

«La generalidad padece todavía, dicen las escuelas socialistas; á la esclavitud sucedió la servidumbre, á la servidumbre ha reemplazado el proletarismo; urge pues buscar una solucion del gran problema...» y pretenden encontrar esta solucion en la reforma de la propiedad.

La Economía Política ha demostrado, por el contrario, que la piedra angular del edificio en que la actual sociedad descansa, consiste en la propiedad; pero la propiedad absoluta, así material como moral é inmaterial, incondicionables é ilegislables ambas porque son anteriores á la ley. Reconocida la propiedad en toda su extension y con toda la solemnidad que la sumision á la idea del derecho reclama, el problema social está resuelto, y el bienestar cundirá rápida y naturalmente, extendiéndose por todas las capas sociales y penetrando hasta las más inferiores.

La propiedad, tal cual la Economía Política la comprende, es el signo característico que distingue, no sólo el mundo mo-

derno del antiguo, sino la época actual de las que la han precedido.

El mundo antiguo no pudo reconocer la propiedad porque el Estado, entonces, absorbia al individuo. Ya lo hemos visto poco há: el romano, en tanto gozaba de los derechos civiles, en cuanto estaba en posesion de la ciudadanía: perdida esta condicion, con la *capitis diminutio* perdia la propiedad. Además la esclavitud era la anulacion permanente del derecho.

En la edad media el Soberano, representante de Dios en la tierra, era el dueño absoluto, el propietario único y universal: los señores territoriales, las Villas ó los Concejos adquirian de aquel una parte del territorio; pero el alto dominio, la verdadera propiedad era del Señor: en tiempos posteriores fué aquella modificada por la ley que la definia y otorgaba; y todavía quedan restos de tan erróneo principio en la expropiacion, aunque circunscrita y condicionada de nuestra actual legislacion. Pero la nocion de la propiedad ocupa en la esfera de la ciencia económica una posicion más elevada. Nacia en lo antiguo de la ocupacion y la conquista: la fuerza; hoy se funda en el trabajo, actual ó anterior acumulado: el derecho. La propiedad primitiva era un objeto externo artificialmente sometido al dueño; la nueva es una asimilacion que el hombre hace con el ejercicio de su actividad y que se identifica con él, constituyendo el complemento de su personalidad.

Todo el producto del trabajo se acumula y es garantizado por la ley, que puede asegurar y defender el derecho, pero no crearle ni destruirle. Asegurado el hombre trabaja, se estimula, adquiere, se afana más de cada vez, procura tener un sobrante que trasmitir á sus hijos, perpetuar su nombre más allá de su existencia, despertándose por este medio en su mente la idea de la inmortalidad; la propiedad elevada á esta su-

perior altura, le enaltece. Hacedla desaparecer por un momento, y la incertidumbre y la duda reemplazarán á la seguridad: el propietario no se interesará en un objeto que ha de perder en un plazo más ó menos corto, y ese interés creciente que acumula y aumenta de dia en dia con el cuidado de los bienes apropiados, se convertirá en un indiferentismo apático, que los hará desmerecer á cada instante.

La propiedad ofrece al hombre espaciosos horizontes, que se reemplazan sin cesar: la posesion es círculo estrecho que le empequeñece, encerrándole en una actualidad estéril y egoista: la propiedad desliga al individuo, que descansando en su derecho, abandona el fruto de sus adquisiciones para aspirar con más facilidad, á otras nuevas; la posesion le aferra y sujeta al objeto poseido, que, una vez abandonado, puede perder: la propiedad es, por consiguiente, el resultado de la superioridad del espíritu; la posesion el hecho de la materia: la posesion conduce al estancamiento, á la esclavitud; la propiedad al desarrollo, á la libertad. Por eso es el símbolo de la civilizacion moderna.

Una vez afianzados así el ejercicio y el resultado de la actividad del hombre en sus varias manifestaciones, la ley interna que le impulsa al cumplimiento de su destino le llevará naturalmente, si obstáculos artificiales no se lo impiden, á la satisfaccion de sus necesidades.

¡Notable contradiccion, señores! Las escuelas socialistas reniegan de la condicion que las distingue en su título, y parten del principio de separacion entre el hombre y la sociedad, suponiendo á esta resultado de un artificio ó convenio como el del célebre filósofo ginebrino; mientras que la ECONOMÍA POLÍTICA reconoce que la sociedad es la condicion natural del hombre, que en ella y por ella nace, como que fuera de ella pereceria.

No es la sociedad una agregacion voluntaria y como tal alterable, sino una manera de ser de la humanidad, que en la succecion de las generaciones se desarrolla y crece y vive para llegar al término á que la destinó el Supremo Hacedor. Tiende como en el mundo antiguo á la unidad; pero no por medio de la sumision violenta y forzada á un hombre afortunado, sino por la relacion que establece la armonía entre todos los séres que la constituyen. Porque ya está demostrado que no existe el antagonismo que los pueblos paganos suponian, que, por el contrario, todos los intereses se enlazan en mútua conveniencia y general ventaja, cuando nacen espontáneos de la libertad y de la iniciativa individual universalmente respetada. La misma suprema inteligencia que colocó en la creacion determinados frutos en determinados climas, que distribuyó los séres animados en categorías infinitas de frugívoros y carnívoros, hizo al hombre cosmopolita y omnívoro, para que pudiera disfrutar de todos los dones de la naturaleza, cedida á la satisfaccion de sus necesidades y goces. Tiene además el hombre, impreso en su corazon un deseo invencible que le impele á reconocer diversos pueblos, á surcar los mares para visitar opuestos continentes, á disfrutar de los productos de remotos climas; y este afan incesante acerca á los habitantes de todos los puntos del globo, estrechándolos y ligándolos con amistosos vínculos mercantiles y con el cambio del resultado de sus esfuerzos que aumentan de mil maneras su comodidad y bienestar.

Para que tan preciosos efectos se consigan, pretende la Economía Política elevar la majestuosa institucion del Estado á la mayor altura de su importante mision, aconsejando que se limite á la realizacion del derecho, á la administracion de la justicia, al mantenimiento del órden, desprendiéndose al mismo tiempo del ejercicio de todo monopolio, rompiendo toda traba

que se oponga al libre y expedito tráfico de la industria privada y abandonando todas las atribuciones que por su índole y carácter á la individualidad corresponden.

Sólo así podrá el Estado reducir al *minimum* los sacrificios que de la riqueza particular exige para el sostenimiento de los servicios públicos, sin lastimarla con excesivas exacciones: sólo así podrá estimular el trabajo, quitando á la pereza la esperanza y el pretexto de encontrar en los fondos públicos un recurso que ha de buscarse exclusivamente en la laboriosidad, en la prevision y la virtud: sólo así podrá extirparse el cáncer socialista que corroe la sociedad moderna, por efecto de resíduos de comunismo que han permanecido adheridos á nuestra política organizacion, procedente de antiguas instituciones.

En vano los partidos políticos se esforzarán y repetirán sus eternas luchas para cambiar, alterar y modificar la organizacion del Estado; porque no está en ella, ni en su índole el remedio de los males que se lamentan, sino en sus mal definidas y exageradas atribuciones. Reducidle á la esfera que le corresponde, ensanchad la del individuo hasta donde los principios de la ciencia aconsejan, y uno y otro marcharán por su órbita sin rozamientos ni peligros; pero ínterin el Estado invada el terreno propio de la actividad particular no desaparecerán las colisiones ni descansarán la paz y el reposo público en la ancha base de la justicia, único medio de evitar peligrosas perturbaciones.

Tended una mirada imparcial por los diferentes pueblos de Europa y os convencereis de esta verdad, al observar que no sólo la riqueza y la prosperidad, sino el órden público están afianzados en razon directa de la mayor ó menor influencia de las doctrinas económicas en cada país. Inglaterra, donde la Economía Política es admitida y sus principios practicados treinta

años há en la esfera del gobierno, no sólo es la nacion más rica y floreciente del mundo, sino la única que ha permanecido inalterable desde que GUILLERMO III cerró el cráter de la revolucion sin que hayan sufrido el menor estremecimiento sus sábias instituciones; mientras que FRANCIA, por haberse resistido más que todos los pueblos europeos á someter su administracion á los preceptos de la ciencia económica, ha visto, á pesar de sus ventajosas condiciones, hundirse y levantarse sucesivamente tres dinastías en el presente siglo, siendo allí donde las utopias socialistas han logrado imprimir más honda huella. Campeon es de la ECONOMÍA POLÍTICA el fogoso orador inglés BRIGHT que está conmoviendo en estos momentos la opinion de su país para inclinarla á la devolucion de GIBRALTAR á ESPAÑA, acto de reparacion, que nunca será bastante elogiado por todos los espíritus rectos y amantes de la paz y la justicia.

BÉLGICA, esa admirable miniatura en que la ECONOMÍA POLÍTICA es respetada muchos años há, crece y prospera en una progresion incesante y fué el único país del continente que en 1848 permaneció tranquilo é impasible sin que la menor conmocion popular ni alteracion anormal en la manera de funcionar la máquina del Estado, perturbase el curso ordenado y pacífico de los negocios públicos ni particulares.

Fuerza es reconocer, señores, que la ECONOMÍA POLÍTICA está ejerciendo por donde quiera una influencia saludable. FRANCIA misma ha renunciado á sus infundadas prevenciones y ha comenzado á coger ya el fruto de esta reconciliacion. ALEMANIA, que desde principios del siglo se sometió á algunos de los preceptos, propende á su unificacion por medio del pacífico ZOLLWEREIN: RUSIA emprende espontánea y sosegadamente la operacion más atrevida y arriesgada que puede concebirse, la

emancipacion de treinta millones de siervos, y á pesar de la oposicion de encontrados intereses, ve realizar sin sacudimientos ni trastornos tan delicada transicion.

¿No observais, señores, cómo agita por todas partes á la humanidad un movimiento de animacion y de vida, que la conduce á la relacion, á la intimidad, á la generalizacion de las comodidades entre todas las clases, á cierto grado de nivelacion y regularidad; que destruye antiguos antagonismos, difunde por donde quiera los conocimientos, suaviza las costumbres, y hace presagiar un próximo porvenir de prosperidad y ventura? Pues ¿á qué otra causa puede atribuirse semejante agitacion sino á los portentos que la Economía Política ha obrado en el mundo? ¿No os admirais al considerar los milagros de la asociacion? ¿Podeis contemplar con frialdad las maravillas del crédito en combinacion con el interés compuesto? ¿No os conmueve el espectáculo de las modernas Bolsas, donde la riqueza solidaria de todos los países del globo, se trasmite y pasa de mano en mano con pasmosa celeridad? ¿No veis con cuánta facilidad guardais en vuestra cartera considerables valores, afianzados con la frágil garantía de una tira de papel, ya sea billete, ya talon de cuenta corriente, ya letra de cambio? ¿No os asombra la rapidez con que el Banco hipotecario convierte la propiedad territorial en riqueza mueble, y cómo el propietario puede realizar instantáneamente su colosal fortuna y trasladarla convertida en títulos que fácilmente realizará en metálico cuando le convenga?

Sí, señores, las grandes conquistas de la ciencia económica están produciendo una revolucion, que ha cambiado ya, y eso que todavía se encuentra en su primer período, la faz del mundo.

Ved esos congresos pacíficos, esas magníficas y colosales ex-

posiciones, á que todos los pueblos de la tierra acuden á lucir, sometiéndolos á honrosa competencia, los resultados de sus variadas industrias. Mirad esa inmensa multitud de séres autonómicos, creados por el hombre, que señor de la materia, le ha legado no sólo la fuerza sino hasta la destreza de su brazo, y manda á la máquina, que teja y que hile, que fabrique y hasta que ofrezca mecánicamente bustos, como pudieran salir del cincel de Miguel Angel. Ved conquistada por el hombre esa especie de ubicuidad, con que el banquero de Paris escucha instantáneamente en su despacho las cotizaciones que en el mismo dia y á la misma hora, obtienen los efectos públicos en las Bolsas de Lóndres, Amberes, Madrid y Amsterdam, y cómo los banqueros de cada una de las mismas plazas adquieren respectivamente igual conocimiento de lo que pasa en las demás. Contemplad esa prodigiosa rapidez con que el hombre atraviesa el espacio y se traslada á Paris y Lóndres con más comodidad y en menos tiempo, que invertian nuestros padres desde Madrid á Guadalajara, y llega á la Habana y Puerto-Rico, más pronto que llegaban aquellos á Cádiz; lo cual da por natural consecuencia haber reducido el espacio en once dozavos y alargado en otros tantos la duracion de la vida humana. Reparad cómo los dos hemisferios propenden á reunirse y relacionarse con cables submarinos, que los pongan en inmediato contacto, logrando así ligarse en estrecha, útil y fraternal amistad. Y todavía para evitar los peligros invencibles de la navegacion, ha inventado la Economía Política el seguro, que redobla la intrepidez del comerciante, el cual desprecia las tempestades puesto que una sábia combinacion le indemniza sin penoso sacrificio de las pérdidas que sufra por la riqueza sepultada en caso de un evento desgraciado, en los abismos del Océano.

Y no son menos dignos de la consideracion de la Academia

los esfuerzos de la nueva ciencia dirigidos á extirpar las raíces de añejas preocupaciones y deplorables errores que aún existen trasmitidos de los tiempos en que imperaba la fuerza material; entre los cuales el llamado equilibrio europeo, mantiene á las naciones armadas, mirándose con torvo ceño y mútua desconfianza. La Economía Política, demostrando una y otra vez los incalculables daños, que á la riqueza de los pueblos ocasionan esos numerosos ejércitos permanentes, que consumen estérilmente considerables tesoros, que usurpan al trabajo útil lo más robusto de la juventud lozana, para hacerla contraer hábitos de inaccion y de holganza, si ya no es de disipacion é inmoralidad, ha de conseguir en época no remota destruir tan inexplicable anacronismo y cerrar esa profunda llaga del cuerpo social, convirtiendo en miembros activos y laboriosos tantos brazos enervados hoy por el ocio, y transformando en máquinas de produccion y de riqueza tantos miles de costosos instrumentos de exterminio y devastacion.

Ni á otra causa que á la influencia de las ideas económicas, puede atribuirse el cambio que se está verificando en el derecho internacional, fundado hasta ahora en consideraciones egoistas de las naciones más fuertes, y dirigiéndose ya por miras más conformes con la justicia y la general conveniencia.

¿Quién es capaz de calcular é inferir de tan pasmosos adelantamientos hasta dónde llegará la ciencia en el presente siglo y hasta dónde alcanzarán los cambios en las condiciones de la humanidad impulsada por ella?

Interminable fuera, señores, y por demás tendria que abusar de vuestra benevolencia, si hubiera de presentaros aquí las infinitas é interesantes pruebas, que demuestran el incalculable impulso, que de la ciencia económica no cesa de recibir la civilizacion moderna. Bien presentes están á vuestra superior ilus-

tracion, y en ella sólo confio para esperar que no os haya parecido exagerada pretension, aspirar á que el ideal de la utilidad, filosóficamente considerada, acompañe al de la verdad, la justicia y la belleza, en vuestras científicas investigaciones.

Feliz yo si despues de haberos molestado largo espacio con consideraciones que han de ser para vuestra superior inteligencia vulgares, he logrado al menos mantener avivado el interés de tan respetable cuerpo hácia una ciencia, que siendo el móvil misterioso que dirige nuestra época hácia el bien, ha de conducir la humanidad á un porvenir más halagüeño de seguridad, de bienestar y de general holgura, fundadas en las inmutables bases de la moral y de la justicia.—He dicho.

CONTESTACION

DEL SEÑOR DON ANTONIO BENAVIDES.

SEÑORES.

Nada más útil, nada más necesario á esta Real Academia, que llenar los claros que la muerte hace en sus filas, llamando á reemplazar á hombres ilustres, otros varones no menos dotados de ciencia y virtud, cual compete á los que han de ser jueces en las árduas cuestiones que abrazan las ciencias morales y políticas. Y si es doloroso siempre hacer nuevos llamamientos, porque son consecuencia natural de dolorosas pérdidas, hoy tenemos la satisfaccion de premiar el mérito, sin llorar á un amigo, abriendo una puerta sin vernos obligados á cerrar una tumba.

La política es, señores, sin disputa, el campo cerrado donde se ventilan los grandes intereses de lo presente y lo porvenir de los pueblos; es el estadio en donde armados de punta en blanco se presentan á luchar esforzados campeones; escuela en la que se hace gala de ingenio y de saber, elevando los triunfos allí adquiridos, al ciudadano á la cumbre del poder, al apogeo de la gloria; ó por el contrario hundiéndole para siempre en un abismo de descrédito. ¡Magnífico espectáculo! Bellí-

simo cuadro, ensueño delicioso que embriaga nuestras potencias, que eleva nuestros sentimientos, que abre el corazon á las más lisongeras esperanzas allá en los albores de la vida; cuando inespertos y confiados, reflejan en nuestra cándida alma, las más bellas imágenes, todos los objetos exteriores. Entonces las palabras tienen la verdadera significacion que les ha dado la sabiduría de los siglos: la política rectitud de intencion; las promesas son sinceras, la lealtad en su punto, la mentira desterrada del mundo moral, es la verdad señora y dominadora universal, y á las conciencias sujetan la moral y la justicia.

Mas al despertar de tan lisonjero sueño, se han desvanecido las ilusiones, como se deshacen los vapores al influjo del sol meridional: la triste realidad con su cruel desengaño, nos muestra la deformidad de los objetos cuya hermosura tanto nos encantaba; ambiciones desatentadas profanan con su presencia la escena pública: la fuerza busca su apoyo en la imágen de un derecho, casuísticamente interpretado, cuando no tiene más orígen que el que le dió la traicion: los fuertes ceden, los débiles se humillan, los egoistas se aprovechan, el mundo entero aplaude al éxito, Dios tutelar de las debilidades humanas, áncora de salvacion de los naufragios políticos, y remedio eficaz contra errados cálculos.

Si la política tiene de tiempo en tiempo sus reveses; si arrastra en su precipitado curso, las cosas y los hombres, si lo mismo que en un dia y en una hora ensalza y sublima á la criatura, en otro dia y en otra hora, la destruye y aniquila; si ayer héroe, y hoy proscripto, que tal es el destino del hombre político, preciso es que las sociedades humanas cultiven otras plantas, cuyos frutos sazonados y seguros prestan nutritivo alimento á sus individuos, campo extenso á su actividad, teatro glorioso donde ostentar los dotes de su superior inteligen-

cia, y el alivio y consuelo que dan al alma las buenas acciones, con la seguridad de alcanzar un justo renombre en los siglos venideros.

Con la elocuencia que le es propia, con la sencilla naturalidad, indeclinable atributo de la verdad, con el convencimiento hijo de la observacion y de la experiencia, el nuevo académico acaba de demostrar todo esto en su bien razonado discurso. «Emprended los nuevos y aún no trillados caminos, ha dicho á la juventud que nos rodea, dejar á un lado sofísticas razones que por lo oscuras os confunden ya que por lo sutiles se quiebran; no perdais el tiempo en querellas sin fin; bebed las purísimas aguas de las fuentes de las ciencias; y ya que la antigüedad, siempre ocupada de la ciencia política, ya que la edad media con su oligarquía amada, dejaron sin tocar siquiera el inagotable tesoro de la ciencia económica, aprovechaos de la negligencia de nuestros mayores, explotad tan rico venero, que vuestra será la gloria y el bien de vuestra patria.» Hé aquí la síntesis del discurso que acabais de oir; es bella al propio tiempo que exacta y verdadera; es propia del que posee la ciencia que acreditan sus obras, la perseverancia que demuestra su conducta, la fe en suma que alienta su alma y con la cual logrará vencer hasta los imposibles.

Obligado yo á contestar al ilustre doctor de la ciencia económica, al autor de *La Ciencia de la contribucion*, de *La Filosofía del crédito*, de *La Bolsa y el crédito*, y otras obras, ¿cómo llenar el importante cometido de la Academia? Válgame vuestra benevolencia: nadie la necesita más que yo en este momento. Prestadme vuestra atencion.

Esa ciencia cuyos progresos nos admiran hoy, cuyos adelantamientos constituyen la más bella conquista de la inteligencia humana, ¿es obra de un dia? ¿ha caido de improviso sobre la

tierra como el maná celeste? Suponiendo que ha llegado al grado máximo de perfeccion, es el único remedio, puede considerarse como el solo elemento, para asegurar la tranquilidad, la ventura y bienandanza á las naciones. Brevísimamente voy á examinar estas dos proposiciones, sometiendo mi humilde opinion á la autorizada sentencia de la Academia y al poderoso fallo de la opinion pública.

Verdad es, señores, que ni los griegos ni los romanos conocieron la ciencia económica como la conocen los sábios de los tiempos actuales; sin embargo ciencia económica tenian, y la aplicaban, si no con los seguros y favorables resultados que hoy demandan los adelantamientos modernos, con la timidez, con los errores, con la ignorancia, inseparables condiciones del hombre al dar los primeros pasos en la vida, antes que la razon comience á ilustrar su entendimiento, y la experiencia á enseñarle los caminos de la perfeccion. Los conocimientos humanos no son de un dia ni de un pueblo: todas las generaciones y todos los pueblos han contribuido con sus trabajos á formar el inmenso caudal patrimonio hoy de la humanidad; y hay tan notables semejanzas entre la conducta de hombres de apartadísimas épocas, y entre acaecimientos lejanos que muchos filósofos, apoyados en el libro de la historia, creen que el mundo siempre ha sido el mismo, y que solamente varian los accidentes menos importantes, las causas ó los pretextos, móviles de las acciones humanas. ¿Esparta, Aténas y Roma, en los dias felices de su admirada virilidad, no padecieron todas las enfermedades, no sufrieron todos los dolores que atormentan á la presente generacion? ¿La usura fué por ejemplo menos irritante, más llevadera que en Paris, Lóndres ó Madrid? ¿Pagaron los ciudadanos los impuestos sin quejarse, aplaudiendo su naturaleza y su equitativa distribucion? ¿Los arrendamientos de las tierras y de las

casas, no fuéron en ocasiones motivos de discordias y comienzo de guerra civil? ¿Y no vemos por último, las mismas preocupaciones, que tan combatidas viven aún, erigidas en principio, en la venerable antigüedad, prohibiendo la exportacion de ciertos artículos de comercio, favoreciendo la introducion de otros; y con medidas vejatorias é inhumanas, producir conflictos, reduciendo á la miseria millares de ciudadanos? Cuestiones económicas eran todas estas, que argüian la existencia de ciertos principios, que podemos considerar como el orígen del cual dimanaban ¿Y qué dirémos de la eterna contienda promovida por las leyes agrarias, de contínuo excitando al pueblo contra los patricios, y por vez primera turbando el órden de la ciudad en sangriento tumulto, capitaneado por Cayo Graco; infortunado defensor de los derechos populares; el primero que osó atentar á la inmunidad de la constitucion romana? No fué culpa de los romanos no alcanzar en su tiempo los adelantamientos que en los nuestros ha hecho la ciencia económica. La humanidad al recorrer la larga série de los siglos, marcha á paso lento y seguro; y si espíritus indóciles, apasionados ó fanáticos desvian á los hombres inteligentes del verdadero derrotero, no por eso el género humano pierde la senda; vuelve á ella, es verdad, pero con pérdida de tiempo y aumento de trabajo hasta dar cima á los providenciales destinos á que está llamado.

No conoció otro recurso el gobierno de Roma, Senado ó Emperador, para alimentar á aquel pueblo pobre y desvalido que tenia en sus manos la suerte del mundo, que las dádivas, ya resultado de victorias más ó menos justas, ya de despojos inmorales que la traicion aumentaba diariamente con impías delaciones. No tiene al cabo de tantos siglos, la noble é ilustrada nacion británica otro medio de socorrer á sus pobres que la contribucion de este nombre que sale del bolsillo del rico para

mantener imperfectamente al menesteroso. No tomemos en cuenta el orígen de ambos remedios; examinemos sólo los hechos de la ciencia económica, y en uno y otro caso, al cabo de veinte y cinco siglos, entre gentes del Norte y del Mediodía, despues de tan pasmosos adelantamientos, de historia tan larga, de ensayos inútiles, de resoluciones sin número, de guerras sangrientas, de acoger con admiracion para desechar despues con odio cuanto de bueno, de mediano, de malo ha creado la inteligencia, la casualidad y la locura, ¿no encontramos la misma plaga devoradora que consume las generaciones, los mismos é incapaces remedios para combatirla, que logran amenguar sus efectos dolorosos, pero nunca extinguir la causa que los produce? Tal es la vida del hombre, tal la historia del género humano; si las conquistas de las ciencias físicas se cuentan á millares, si las ciencias exactas son la admiracion hoy de los que hemos tenido la fortuna de aplaudir tan sorprendentes resultados, no podemos decir otro tanto de las ciencias morales y políticas que caminan al paso de tortuga por entre oscuros laberintos, venciendo obstáculos imponentes, resistencias tenaces, hijos los unos de la limitacion de nuestro entendimiento, productos las otras de nuestros intereses mal entendidos, sin duda, pero á los cuales alienta y vivifica el feroz egoismo que representa la parte menos noble de nuestro sér. Cuántos siglos no ha costado á la Inglaterra el saber que el único medio que estaba á sus alcances para dar al pobre el pan barato, sin perjuicio de tercero, era abrir las puertas de sus marítimas fronteras á esta benéfica y necesaria produccion, á esta gracia de Dios, segun en su lenguaje sencillo á la par que pintoresco, le llama el pueblo, para que acudiesen á remediar la falta todos los pueblos de la tierra, todos á competencia, realizando casi sin saberlo al mismo tiempo que un acto de interés privado, una legítima especu-

lacion, tambien una laudabilísima y santa obra de misericordia.

Dejemos ya á los antiguos; apartemos la vista de la agonía del grande imperio romano: pudiera turbarse nuestra razon al considerar tanto delirio; pudiera nuestra alma mancharse al contacto de tanta impureza. Dejemos pasar tambien á esa multitud de legiones de pueblos y naciones desconocidas, á las cuales ayuda visiblemente la mano de Dios y que van á cumplir la obra de renovacion y aun de purificacion de la sociedad antigua; pero detengámonos aunque no sea más que de pasada, breves instantes, ante la cruz del Redentor para ver cómo cambia el aspecto fúnebre del mundo antiguo, iluminado con el resplandor divino del Evangelio.

Grandiosa, sublime transformacion es la que á nuestra vista se ofrece. El trabajo, fuente inagotable, manantial fecundo de la riqueza; elemento necesario con que ha de contar la ciencia, envilecido y degradado por el hombre, era en el mundo antiguo carga pesada que llevaba el esclavo contra su voluntad, sin que sus productos le sirviesen de utilidad, sin que pusiera nada de su parte, para aumentarlo, ó perfeccionar su obra. El trabajo desde el momento en que la redencion enseñó al hombre que debia ganar el sustento de cada dia con el sudor de su frente, fué un precepto divino. Trabajaron de consuno el señor y el esclavo, y ambos á los ojos de Dios fuéron iguales y galardonados segun sus obras. La horrible distincion, la sacrílega diferencia que existia entre hombre y hombre, si bien continuó por algun tiempo ensalzada por las leyes humanas, fué abolida por los preceptos divinos, y la antítesis desigual que en el mundo produjo mandamientos tan contradictorios, dulcificó por el pronto la esclavitud, moderando la severidad del amo, abriendo el corazon del esclavo á la dulce esperanza de un porvenir más lisonjero, hasta quedar por último de todo punto vencido el error

en tan desigual batalla. Al propio tiempo el padre y el hijo se abrazan tiernamente, olvidando la egoista tiranía del *pater familias*, apoyada en las fórmulas del antiguo derecho.

Comenzó nueva vida para la mujer; fué ya compañera y no esclava del cónyuge; la santidad del sacramento elevó hasta el hombre aquella criatura angelical, creada por Dios para aliviar las penas, amortiguar los dolores y endulzar las amarguras de la vida. La caridad abrió las puertas de misericordiosos asilos á la horfandad desvalida, á la humanidad doliente, á las miserias todas, hasta entonces sin remedio. ¿Habeis visto, señores, en la historia de los pueblos antiguos ó modernos, Emperador, Rey, legislador, pueblo ó tribuno, que cumpla mejor sus promesas, que sean sus beneficios mejor aceptados y más trascendentales?

Ya tenemos, pues, el verdadero elemento de la ciencia económica; ya le tenemos honrado, ensalzado, sublimado por la palabra de Dios; hijo es de la sabiduría creada; y cuando veinte siglos despues Turgot en elocuentes frases y con la fe de un Apóstol, sacaba al trabajo de la dura cárcel en que lo habian aprisionado los gremios, y Smith enseñaba al universo atónito los prodigios de su division; y tantos y tan distinguidos doctores como en los tiempos modernos han ilustrado la ciencia económica lo adoptaban por base de sus teorías, no inventaban, no creaban, no hacian más que secundar los altísimos y misteriosos designios de la Providencia.

Dejemos á un lado, señores, los tiempos preñados de guerras y devastaciones, de lágrimas y sangre; á los conquistadores con sus laureles, que la ciencia no envidia por cierto; á las armas con su estruendo y su gloria y su fúnebre cortejo de muertes, asolamientos, pestes y hambres. ¿Cómo encontrar la ciencia entre esos hombres, cuya única tarea era la de destruir, su único placer la devastacion, sus talentos y medios los del

robo, el pillaje y el vandalismo? Dejemos á los bárbaros asentar su dominacion en las fértiles tierras de la Europa meridional; que cultiven el suelo feraz y pintoresco de la Normandía y la Turena, las llanuras de la Lombardía, y que echen su vista á lo largo del hermoso Mediterráneo que circunda tantos reinos, surcado por los héroes antiguos y modernos, cuya posesion disputaron todos los conquistadores del mundo, barrera entre Europa y Africa, camino conocido por los romanos para traficar con las Indias Orientales, y algo y mucho les debia decir la mansedumbre de sus aguas y la opulencia de las ciudades que bañaba.

Constituido ya el régimen feudal por los conquistadores de Europa, admiramos su agricultura, su comercio, sus artes y oficios: no que todos estos elementos de riqueza hubiesen alcanzado la altura en que hoy los vemos, sino porque ellos indicaban que ya habia aparecido la aurora despues de una noche de muchos siglos. Vivia el señor en la fortaleza ocupado en la guerra y en la caza: cultivaban los campos los vencidos, á quienes tocó la suerte de ser esclavos de nuestra comun madre la tierra, mejorando así su condicion, cuanto va de diferencia de estar en el dominio de un amo despiadado por lo regular y caprichoso, al dominio de nuestra comun bienhechora. No léjos del castillo, grupos más ó menos numerosos de gentes de diversas condiciones, se reunian y luego se asociaban para trabajar en bien del comun y del suyo propio.

Tímidos al principio, todo lo esperaban á fuerza de ruegos del señor; pero cuando creció la comunidad reclamó esta el precio de sus servicios; y la urgente necesidad hizo doblar al poderoso la cerviz, ensalzando al humilde: la guerra, que debia esclavizarlos, los emancipó; cada favor otorgado, fué una promesa cumplida, cada riesgo nuevo otra palabra empeñada. Ya son pueblos aquellas asociaciones: ya eligen libremente sus

magistrados: ya á campana tañida todos dirigen y resuelven las cosas que á todos tocan; ya tienen leyes, y franquicias y libertades, que no pasan del alfoz del pueblo, es verdad, pero que indudablemente se multiplicarán, y se extenderán, y no habrá término que no tenga su fuero, ni hombre sin amparo: el mundo ha conquistado su libertad, el hombre su dignidad.

¿Y quién ha obrado todas estas maravillas? El trabajo. Sí; el trabajo del plebeyo, del pechero, del vasallo en la guerra; y el trabajo empleado en producir objetos útiles de arte y necesarios para la vida de los magnates. Son aquellos económicos hasta tocar en avaros, es el último dadivoso hasta llegar á pródigo; el dinero va á parar de esta manera de las arcas del señor á las manos del productor, y en pocos años, el capital, palabra desconocida, elemento oscuro todavía, hace maravillas, aumentando de una manera prodigiosa los productos de la industria, y llevándolos á una perfeccion relativa, cuyo estudio nos admira hoy y nos recrea. Estrecho recinto es el de la villa, pequeño mercado á tanta actividad, á tantos y tan bien dirigidos cálculos: preciso será buscar otros puntos de consumo, estudiar las necesidades de pueblos distantes, vender los sobrantes, comprar con su producto lo necesario; calcular las ventajas de este nuevo tráfico, aprovecharse de ellas, huir de los escollos que pudieran comprometer la naciente fortuna. Hé aquí, señores, todo un curso de Economía Política, puesto en práctica, sin que la doctrina que tanta boga alcanzó andando los tiempos, hubiera enseñado á los hombres ni aun el lenguaje, con que hoy se engalana la ciencia moderna. En la Economía como en todas las ciencias, la práctica precedió á la teoría, ¿y quién sabe si esta, con sus ridículas pretensiones, no separó de su cauce natural las aguas de la purísima fuente de la riqueza pública, cegando los manantiales con sus absurdas máximas?

De ellas nació el privilegio y su inseparable compañero el monopolio: el trabajo encerrado en cárcel estrecha, de donde no salia sino mustio y marchitado como trabajo de esclavo, sin la virilidad y lozanía que sólo presta la libertad, á las obras de los hombres; el comercio, pugnando con obstáculos y trabajos, cortapisas y prohibiciones, preocupaciones y despropósitos. Cada reino, cada ciudad, consideraba como base de su riqueza la venta, y no la compra: por consiguiente al oro, por cuya posesion exclusiva batallaban de contínuo, sin perdonar medio, por ilegítimo que fuera para apoderarse de tan rica mercancía. Por último, los gremios, inventando un feudalismo industrial, cuando el territorial iba ya vencido, lograron parar la impetuosa y favorable corriente de la prosperidad de las naciones, prolongando más de lo natural el oscuro caos de los tiempos medios.

Sólo el Creador del universo, dijo, hágase la luz y la luz fué hecha: ¡cuántas generaciones se suceden; cuántos siglos atraviesa la humanidad antes que desaparezca un solo error, en uno solo de los puntos que abrazan los conocimientos humanos! ¡Ah! las tinieblas del mundo moral son densísimas, y la voluntad del hombre y sus fuerzas son débiles medios para disiparlas. Consecuencia de equivocadas doctrinas, extendió por toda la Europa sus preocupaciones el sistema mercantil, defendido con más teson en Inglaterra que en España. Sólo la Holanda opuso á la Inglaterra, al mismo tiempo que sus escuadras, su teoría de la libertad, presentando al mundo el ejemplo de su engrandecimiento, hasta entonces sin rival y sin ejemplo en la historia. Llegó, por fin, el tiempo en que la actividad del hombre, multiplicando los medios de la produccion, aumentara considerablemente la riqueza, á pesar de los obstáculos que su misma inteligencia oponia á las miras de su Criador. Por todas partes,

en Francia, en Inglaterra, en España, menudeaban los sistemas, tan pronto aplaudidos como abandonados, en auge un dia, desdeñados y aún odiados al siguiente; los particulares sufrian las dolorosas consecuencias de los principios económicos ó mal comprendidos ó mal aplicados, y las naciones, regidas tambien por ignorantes estadistas, eran víctimas frecuentemente de los errados é interesados cálculos de falaces arbitristas. Era aquel tiempo época supersticiosa; moda creer en conjuros, en diabólicas artes, en cosas sobrenaturales; la razon habia perdido su imperio: al mismo tiempo que la religion se veia combatida y aún desfigurada por impiedades repugnantes, que pretendian ensalzarla, la Economía estaba humillada con la argucia de los sofistas que amenazaban precipitar á las sociedades humanas en el caos. La catástrofe de Law en Francia puso fin á tanto delirio, y desde aquel mismo dia la luz iluminó el campo de la Economía Política, asentando sus fundamentos de manera tan sólida, que aún duran respetados por los siglos, y venerados por los sábios.

A los sistemas sucedieron las escuelas: fué la primera la de los economistas, favorecida por las circunstancias que inspiraron á los gobiernos y á los individuos una saludable, aunque exagerada reaccion. Pronunció la frase sacramental que con tanta elocuencia ha repetido en su discurso el nuevo académico; *dejad hacer*, *dejad pasar*. La verdad, señores, es bella, porque es sencilla; tanta belleza y tanta sencillez fuéron por todos comprendidas, por todos aceptadas; como doctrina científica fué aquella fórmula la base de la Economía. ¡Ojalá en la práctica hubiera sidó su aplicacion general y fácil! No se hicieron esperar mucho la escuela de la division del trabajo, y la creacion del rico lenguaje económico, el mismo que hoy usamos, el mismo que usará la posteridad. Pero al lado del bien seguia el mal, condi-

cion inseparable de nuestra frágil naturaleza; la desgracia iba en aumento, y marchaba al mismo compás que la prosperidad; otra escuela pretendió extirpar la primera, y no le arredraron para hacerlo, los preceptos de la moral cristiana ni la cultura y humanidad, de la civilizada Inglaterra: un grito de horror lanzó el cristiano, tambien el filósofo; la humanidad entera hubiera protestado contra el autor de tan horrible herodiada, contra el que blasfemaba de la obra de Dios, queriendo destruirla, haciendo blanco de sus iras al párvulo abandonado, al indefenso anciano, al enfermo infeliz, y al desgraciado, aceptables todos á sus ojos, pero los sectarios modificaron y explicaron su doctrina.

Y hé aquí, señores, cómo sin pensar, admirados y satisfechos con los adelantamientos que hemos alcanzado, nos encontramos en los tiempos modernos, y con sobra de espíritu para descubrir los nuevos é indeslindables mundos, que ofrecen á nuestra imaginacion las maravillas de las ciencias. Probado está que en todos los siglos, la ciencia económica ha acompañado la vida del hombre, participando, ayudando ó combatiendo el error y la ignorancia. ¿Ha alcanzado todo lo que queria? ¿todo lo que se proponia? ¿Ha resuelto las cuestiones que han agitado á los hombres desde los más remotos tiempos? ¿El deber y el interés andan ya de acuerdo y en admirable consorcio? ¿La desigualdad de las fortunas no es tormento para unos ni para otros causa de soberbia? Señores, no quisiera cansaros con la repeticion de lo que todos saben mejor que yo, que extraño á estos estudios, á que con tanta profundidad os habeis dedicado, ni tienen autoridad mis pensamientos, ni mis consejos peso, ni quizás oportunidad mis palabras. Pero permitidme unas cuantas no como maestro, sino como discípulo el más dócil, como discípulo que quiere aprender, y admira más que

nadie la série de trabajos que ofrece hoy una parte muy ilustrada de la juventud española.

¡Cuánto han cambiado los tiempos! Ayer nos quejábamos de la pobreza, hoy nos quejamos de la riqueza; todos los estímulos eran insuficientes para aumentar la produccion; hoy, su exceso nos acobarda, y amenaza ser orígen de grandes desgracias. Es la primera el desnivel creciente de las fortunas y el consiguiente empobrecimiento de millares de individuos, cuyos trabajos alimentan la opulencia de otros más felices. ¿Merece aplauso, ó es quizás uno de los más perjudiciales errores, el principio que aumenta esa fiebre de fabricacion, esa actividad devoradora con que la industria, por mil conductos acumula la riqueza, llevando en pos de sí como cortejo fúnebre, á la horrible miseria, y que al mismo tiempo que eleva suntuosos palacios, se ve en la dura é imprescindible necesidad de fundar hospicios, erigir hospitales, abrir cárceles y ensanchar cementerios, para recibir las víctimas, quizás de un errado cálculo, ó de falsas teorías, que predican los doctores de la ciencia?

Tal es el problema que está llamado á resolver el siglo actual; no es ciertamente el socialismo, ni hermano y mucho menos hijo de la ciencia económica; es todo al contrario. La ciencia es la que puede y debe, quitando las causas, borrando de la generacion presente hasta la idea de una perfeccion ideal, llegar á conseguir, una más equitativa distribucion de la riqueza; apartar con ventajas positivas á la gente proletaria de los insidiosos planes de embaucadores políticos, que dadivosos y pródigos en el ofrecer, y parcos y por necesidad avaros en el cumplir, son fecundo y tristísimo orígen de lamentables desgracias. Hubo un dia en que Smith creyó que era necesario precipitar, si es lícito valernos de esta frase, todas las operaciones, hasta conseguir el mayor desenvolvimiento posible en las in-

dustrias; ni entonces ni mucho despues se pudo comprender que tal ímpetu, podria ser contrario á la misma industria, y dañoso al principio que tan heróicamente defendian él y sus discípulos. Olvidaban todos la máxima, que un principio llevado á la exageracion conduce al absurdo, que lo absoluto es vicioso, que los extremos se tocan, y destruyen lo que en un justo medio es virtuoso, bueno, bello y útil. Los elementos gigantescos de que hoy dispone la produccion en sus distintos y variados ramos, son causa de un fenómeno, que los antiguos no comprendieron, y que por increible admira hoy al entendido observador; en efecto, crean la riqueza y al mismo tiempo la pobreza y aún la miseria. Las ricas telas, los exquisitos brocados, galas esplendentes, maravillas del arte, y ornamento indispensable de la juventud y la belleza, compañeros son de la desnudez y de la miseria del que los teje y adoba. Los magníficos palacios, moradas de la opulencia victoriosa en el combate eterno que provoca y sustenta la desigualdad de la fortuna, obligan á estrechar los límites de su morada á los mismos que las fabrican, hasta el punto de dejarles apenas aire respirable en mansiones insalubres y mefíticas. Por todas partes, la abundancia al lado de la escasez, el contento mezclado con la tristeza, la felicidad cercana á la desdicha: ¿qué ciencia es esta, dicen algunos, que viste y desnuda, que á unos harta y á otros mata de hambre; que alivia el dolor y causa el martirio? ¿Con qué razon y contrariando las leyes de la humanidad es lícito sacrificar gran número de nuestros semejantes al progreso, siempre creciente, de la opulencia, de la que no han de sacar el más mínimo provecho? No acusamos á la ciencia de estos males; pero sí creemos que la ciencia debe curarlos. « No nos hallamos, como dice un moderno escritor, un apóstol de la nueva doctrina, en los tiempos en que Smith, buscaba los medios de acelerar la produccion; léjos de eso es

preciso dominarla, y contenerla en los límites de la necesidad. Así lo demandan las eternas leyes de la moral y de la justicia, olvidadas y despreciadas por largo tiempo; y jamás llamarémos riqueza sino á la suma del producto nacional distribuido equitativamente entre todos los productores.»

Reducida por desgracia nuestra España al modesto papel de imitadora; llevada por la Europa hace tres siglos como á remolque de los adelantamientos modernos; no ha llegado todavía ni á experimentar los beneficios que ellos dispensan, ni á sentir los dolores que causan. Quizás esta vez, el atraso habrá sido un bien, quizás la escuela de economistas españoles, que en su seno cuenta con inteligencias tan privilegiadas, ornamento y esperanza de su patria, ayudará á resolver tan terrible problema; apartando de estas felices regiones las funestas consecuencias que tanto deploran los dos renombrados pueblos que caminan como delanteros y apresuradamente por la senda de la civilizacion. Y este es su deber, y así lo esperamos, no confiados en la autoridad de estas palabras, que ninguna tienen, sino en el talento, generosidad y deseo de gloria que alienta á la juventud que nos escucha. No vale decir confiadamente que el mal no ha llegado, que el enemigo se encuentra léjos, que quizás no llegará. Una larga experiencia nos ha demostrado, que todos los acontecimientos, todas las doctrinas, las teorías, los descubrimientos, los usos, las costumbres, las modas, hasta las enfermedades, vienen á estas nuestras partes occidentales, de la parte del septentrion, antes ó despues, pero vienen, con su acompañamiento, de males ó de bienes, hasta parar su curso más ó menos rápido en las mismas y antiguas columnas de Hercules, todavía en pié, todavía con su lema *non plus ultra*, para las consecuencias de la civilizacion europea.

Si como habeis visto, señores, en todos tiempos la Econo-

mía Política ha sido compañera inseparable de la sociedad; si en todas épocas se ha señalado más ó menos con sus máximas, sus prácticas ó su rutina, ya acelerando, ya retardando el aumento de la riqueza, y siempre distribuyéndola torpemente; si los grandes problemas sociales, que tantas lágrimas y tanta sangre han costado á la humanidad, fuéron conocidos de antiguo y aún no resueltos todavía; la Economía Política como ciencia está muy léjos de bastar á las necesidades sociales. ¿Acaso se puede explicar esta proposicion, y aducir más pruebas que las indirectamente enunciadas por el digno académico cuyo discurso acabais de oir? En efecto, todas esas maravillosas artes que concurren á la perfeccion de las manufacturas, todos esos famosos descubrimientos que tanto engrandecen al siglo actual, y aumentando de una manera pasmosa la celeridad de las operaciones comerciales multiplican las fuerzas del hombre; todas esas ciencias que arrebatando diariamente á la naturaleza sus más recónditos secretos, son elementos de que dispone la Economía política; aumentan las fuerzas productoras, y sirven tambien para otras muchas cosas: alivian las penas del hombre, aseguran su bienestar; borran de su mente los pesares; ahuyentan sus tribulaciones y dando á su espíritu tranquilidad y sosiego, empeñanlo en nuevas y fecundas obras dignas de su inteligente actividad. No es pues la Economía la única ciencia, no es la reguladora de las acciones del hombre, mucho menos la norma de la moral, ni de la equidad; no es ni remedio á los males, ni sirve de consuelo en las aflicciones. No, señores, el hombre, ese conjunto de alma y cuerpo, de espíritu y materia, necesita algo más para vivir contento, para ser feliz. *Non de pane solo vivit homo* ha dicho la sabiduría eterna; y en efecto el hombre necesita de la dignidad moral, del decoro, del aprecio de sus semejantes: el estadista quiere parte activa en

los negocios públicos; el guerrero ama los combates y la gloria; el literato la sabiduría, y todos, todos absolutamente necesitan del apoyo que prestan para las transacciones públicas y privadas, para los tratos de la vida, para la tranquilidad interior de la conciencia, de dos grandes fundamentos de las sociedades: la moral y la justicia. Sin ellos los gobiernos de la tierra son imperfectos, qué digo imperfectos, son imposibles.

No abusaré por más tiempo de la paciencia con que habeis escuhado este débil trabajo. Si en él he procurado demostrar que en todos tiempos y en todas las naciones, la Economía Política ha caminado al mismo compás que los conocimientos humanos; si en su infancia la hemos visto débil, tímida, sin color; si un poco más adelante, todavía sin definir sus dogmas la vemos aparecer anónima, por decirlo así, mezclándose en todas las transacciones de la vida; si empieza su historia dándose á conocer por los errados sistemas que favorece; si por último, sacudiendo ligaduras y desdeñando añejas preocupaciones, aparece en el horizonte de la historia de los pueblos, como un iris de paz que serena borrascas, aplaca disturbios, modera irracionales ímpetus y enseña al hombre el verdadero camino de su prosperidad material, la única manera de alcanzar el premio á todas sus aspiraciones, á saber: el trabajo, ¿no podemos decir, no debemos, que la ciencia económica ha mejorado la condicion del hombre, moralizando todo lo posible la parte material de su sér, esto es los instintos naturales, de adquirir, de gozar, de poseer?

En efecto, á la Economía Política se deben los fueros sagrados que hoy hacen respetable y respetada la propiedad, sin cuya observancia, no hay paz en las familias, ni tranquilidad en la ciudad, ni seguridad en el Estado. La ciencia ha contribuido á moralizar y legitimar los medios de adquirir, pues inculca á to-

dos sus adeptos, como bases de su fecunda doctrina, amor al trabajo, libertad al hombre, respeto á la propiedad. Condena de esta suerte la usurpacion, el robo, y el fraude; anatematiza los errores de todas las escuelas socialistas, que esclavizan al hombre á la voluntad de un sér ideal que llaman Estado, sistema que en suma no viene á ser otra cosa, que la tiranía del más astuto ó del más fuerte; combate las ideas comunistas, compañeras inseparables de todo despotismo, ó teocrático ó político, muy arraigadas por desgracia en nuestro suelo, y proclamando la libertad del trabajo, fuente perenne, como hemos dicho ya, manantial fecundo y único de la riqueza pública y privada, de la felicidad doméstica, y de la gloria y grandeza nacional, tributa el más cumplido y debido homenaje á la inteligencia humana, atributo precioso, don admirable, destello de la divinidad, que el hombre posee, como hecho á la idea y semejanza de su Criador.

Perdónenme los señores académicos, perdónenme los asistentes todos, si he fatigado su atencion con la lectura de este pobre discurso, que creo insuficiente al objeto, pero perdónenme en gracia de mis buenos deseos, de mi recta intencion, de mis más sinceros votos, reducidos á que la ciencia elevada á la altura á que está llamada por tantos y tan sobresalientes talentos, y en esta nuestra patria, tan fecunda en ingenios, dotada por Dios de tan admirables elementos para el bien, plante con firmeza el lábaro sagrado que la conduzca á su mayor prosperidad y engrandecimiento.
